

RESEÑAS

Maxine Berg. *La era de las manufacturas 1700-1820: Una nueva historia de la Revolución industrial británica.* Barcelona: Ed. Crítica, 1987. 378 páginas.

En el trabajo que reseñamos a continuación Maxine Berg presenta una interesante síntesis de un cúmulo de investigaciones primarias sobre una amplia gama de problemas relacionados con la industrialización británica. La autora misma ha contribuido, desde el decenio de los setentas, con estudios sobre tecnologías concretas, así como sobre el trabajo y las políticas económicas, a la ampliación considerable de las bases empíricas que permiten, finalmente, una nueva visión de la industrialización británica.

Esta nueva historia de la Revolución industrial británica centra su atención sobre el período de 1700-1820. La peculiar elección cronológica de Berg alberga una novedad con respecto a la visión aún predominante de la transición a la industria moderna. Los inicios de dicha industria se solían identificar con la introducción de la máquina de vapor y de la moderna maquinaria en la rama del algodón así como con el desarrollo de la metalurgia moderna. Se identificaba a la fábrica como producto necesario del predominio de la racionalidad tecnológica y como unidad estructural representativa del salto revolucionario de la industria. Se le asociaba con un proceso de producción altamente mecanizado, así como con una notable concentración de obreros a los cuales se diferenciaba de manera radical de los trabajadores preindustriales. La rápida transformación industrial entendida en estos términos habría cambiado de manera fundamental los términos de la economía británica estableciendo pautas completamente nuevas del crecimiento económico. Esta percepción es un componente básico de la comprensión occidental del progreso.

El libro de Berg levanta el bloqueo implícito en el concepto tradicional de la Revolución industrial a partir de las revisadas curvas de crecimiento industrial global. Los datos demuestran que la aceleración hacia finales del siglo XVIII y a comienzos del XIX es bastante inferior a lo que se solía pensar, y que el crecimiento que presenta la industria británica en los primeros decenios del siglo XVIII es más fuerte de lo que señalaba el cuadro convencional. Resulta evidente que hubo un aumento de la producción y de la productividad industriales a lo largo de al menos todo el siglo XVIII, y esto significa que su explicación no puede recurrir a elementos surgidos apenas

en sus postrimerías. El cuadro general que presenta la estructura del crecimiento industrial confirma esta idea. Se observa, por ejemplo, que hubo crecimiento casi ininterrumpido no solamente en el sector algodonero sino en todas las ramas de la industria textil, es decir, también en aquellas que se encontraban bastante alejadas del modelo convencional, como la del lino, la del fustán o la de la seda. La misma afirmación es válida para otros sectores de la industria británica. Puede que los datos globales de que disponemos hoy, mañana sufran nuevas correcciones. De todas maneras, hay pruebas independientes que confirman el cuadro que de dichos datos se desprende. La relectura que hace Berg de los economistas británicos contemporáneos de todo el período que estudia, revela un temprano y persistente interés por problemas relacionados con el crecimiento industrial. Así por ejemplo "La manufactura era un tema que suscitaba un notable interés en el siglo XVII, interés que ... se prolongó a lo largo del siglo XVIII" (58-59).

El registro de "este crecimiento económico, más temprano y difundido" (57) plantea la necesidad de estudiar sus características y de explicar sus relaciones con lo que suele llamarse Revolución industrial. Berg enfrenta esta exigente tarea recurriendo a una óptica preferentemente macro en la primera parte, "Las manufacturas y la economía" (capítulos 1-7), y privilegiando un prisma micro en la segunda parte, que lleva el subtítulo "Las vías hacia la Revolución industrial" (capítulos 8-12).

Los problemas centrales de la parte primera son, entonces, la estructura del crecimiento industrial y las relaciones de éste con la economía y la sociedad en general. Así forman parte de esta sección las interrelaciones entre el sector agrícola y la industria y el fenómeno de crisis industrial. Berg llama la atención sobre el sustancial aumento de la producción agrícola previo a la expansión industrial del siglo XVIII, que es el resultado de tempranos cambios que provocaron un aumento del área agrícola efectivo y la intensificación del trabajo. Es evidente que estos cambios favorecieron el crecimiento demográfico. Pero su interrelación con la industria presenta una amplia variación según el tiempo y el lugar, que no se revela a partir de datos globales altamente agregados y que no siempre concuerda con las ideas convencionales sobre el asunto. La autora presenta también sugestivas correcciones a la visión que se ha tenido de la relación entre mejora agrícola y comercio, así como acerca de la idea convencional de la contribución de la agricultura al mercado de capitales y de mano de obra, para sólo mencionar

unos aspectos. Los estudios concretos de las muy complejas interrelaciones entre el sector agrícola y la industria, al igual que los concernientes al crecimiento y a las crisis industriales, revelan pautas cíclicas y regionales. Las situaciones presentadas por Berg en este sentido son bastante significativas para estudios similares en otros países, porque revelan la inconveniencia de cualquier extrapolación de casos concretos (de industrialización) hacia modelos nacionales.

La primera parte del libro incluye también una revisión de las dos teorías que más han aportado al estudio de la génesis de la industria moderna. Estas son la teoría de la protoindustrialización y la teoría de Marx sobre la acumulación originaria y sobre la génesis del capitalismo manufacturero. La autora señala que, independientemente de sus importantes aportes por lo demás incorporados con provecho en su análisis, ambas teorías han conservado una visión lineal del proceso de la industrialización que no encaja con la diversidad real de las alternativas históricas. Los estudios sobre la protoindustrialización han aportado importantes novedades en el terreno de la demografía y han avanzado sobre el fenómeno de crisis y de desindustrialización. Pero en última instancia la industria doméstica, que forma el centro de su atención y que es tratada un tanto equivocadamente como un fenómeno propio del ámbito rural (de ahí su fuerte inclinación por el modelo de Chayanov discutido igualmente por la autora), vuelve a representar un eslabón en una secuencia conducente necesariamente a la industria moderna. El concepto marxista presta mayor atención al aumento de la productividad del trabajo por medio de la especialización y división del trabajo previo al maquinismo. Pero finalmente sucumbe ante la impresión de la maquinaria recayendo también en una interpretación secuencial, de modo que se bloquea nuevamente el análisis de las diversas vías de industrialización. Berg sin embargo insiste justamente en la necesidad de analizar las variadas vías de industrialización a partir de su desenvolvimiento histórico concreto, que contradice la visión generada por la perspectiva retrospectiva dominada por la teleología del capitalismo maquinista.

Los dos capítulos que cierran la primera parte del libro ("La manufactura doméstica y el trabajo de las mujeres", "Costumbre y comunidad en la manufactura doméstica y en los oficios") están relacionados con uno de los factores que la autora destaca como características centrales de la expansión industrial en sus diversas variantes para el siglo XVIII. Se trata de la

incorporación en relaciones de explotación de una gran cantidad de mano de obra extremadamente barata. Las experiencias vividas por la mano de obra femenina e infantil son representativas para el problema. Berg llama la atención sobre las limitaciones que presentan las categorías convencionales como oferta y demanda o trabajo cualificado y no cualificado, para entender dicho problema. Entre los numerosos ejemplos que ilustran la muy compleja situación, figura el de las hilanderas masivamente requeridas por la industria textil, que representan, no obstante la alta demanda, el contingente de los más bajos salarios. Y estos salarios se deprimirán más aún ^ajo los efectos de la moderna maquinaria, lo cual a su vez estimulara su proiongada y más intensa utilización en formas protoindustriales. Berg presume que muy probablemente este potencial de mano de obra barata haya presionado la baja de salarios también en otros sectores. En cualquier caso es necesario explicar la disponibilidad de dicho potencial. La búsqueda de la autora apunta a un tejido de estructuras sociales, de tradiciones industriales y culturales, de costumbres y de entramados comunitarios así como de la economía familiar, como se han presentado especialmente en la industria doméstica. Para esclarecer más el asunto, ajuicio de Berg hay que ahondar sobre los elementos culturales y los frecuentemente mencionados pero poco investigados valores sociales.

La segunda parte del libro está dedicada ante todo al análisis comparativo de diversas estructuras y tecnologías industriales. En el centro de la atención se encuentran los sectores textil y metalúrgico. Antes de exponer el material concreto, Berg ofrece algunos elementos que permiten seguir sus inquietudes, especialmente referidas al cambio tecnológico y a las formas de organización del trabajo. El capítulo introductorio de esta segunda parte lleva el subtítulo "Historia económica de la difusión tecnológica". En él se presenta un breve resumen del cambio de perspectiva acerca del proceso tecnológico que se viene gestando desde el decenio de los setentas, y un inventario crítico de los instrumentos teóricos que han sido utilizados para la explicación del cambio tecnológico. La autora resalta especialmente aquellos trabajos que han comenzado a desmontar el mito de la omnipotencia de la tecnología frente al hombre. Entre ellos figuran los estudios de S. Marglin quien ha demostrado que la fábrica existió antes que la energía no animal y que la maquinaria "moderna" no estuvo relacionada desde un comienzo con la fábrica sino que fue inventada originalmente para el uso doméstico, concluyendo que "lo que estaba en juego en la Revolución

industrial no era la eficacia sino el poder social, la jerarquización y la disciplina de la mano de obra" (208). Los pocos estudios que se han interesado por averiguar los costos concretos de las nuevas tecnologías (Von Tunzelmann: vapor, y Hyde: carbón) señalan en la misma dirección, al menos en lo que a eficacia se refiere. En lo referente al instrumental teórico, la autora expresa una posición crítica frente a la comprensión estática de la tecnología por parte de los economistas, y rescata, de la ofensiva de los radicales ingleses, la comprensión de la tecnología como proceso, y de Marx, la idea de que durante la Revolución industrial operaron simultáneamente y con importancia equiparable las dos vías de incremento de las ganancias (apuntando a la plusvalía absoluta y relativa, respectivamente).

Berg describe la ubicación y los cambios geográficos de las diversas ramas textiles, y expone sus formas de organización así como las trayectorias que han tomado. Luego presenta un capítulo sobre las tecnologías textiles. Los capítulos dedicados a la metalurgia conducen, nuevamente con una base empírica bastante fuerte, a la idea de que "La expansión capitalista y la industrialización del sector metalúrgico se realizó no en el marco de la fábrica, sino en el de los pequeños talleres y con diversas formas de explotación" (304). El desarrollo de la especialización y de la diferenciación de los oficios con base en la pericia juega, como lo demuestra Berg, un papel fundamental en este proceso.

El cuadro presentado por Berg presenta, pues, la simultaneidad de muy diversas formas y trayectorias de desarrollo industrial, "todas ellas racionales' o legítimas en su respectivo contexto" (95). Se observan formas tradicionales, descentralizadas y centralizadas, mecanizadas, artesanales, etc., al igual que unidades de producción de muy diverso tamaño y organización que se interrelacionan. La autora considera fundamental que la investigación llegue a descubrir el lugar específico ocupado por cada una de estas formas. Su propia investigación permite establecer en esta dirección, a) que no sólo hubo una gran diversidad de formas sino que las mismas no se ubican en un orden necesariamente secuencial, b) que cada una de estas formas y trayectorias es racional, y c) que no hubo atajo de la industrialización a la fábrica. De ahí su idea de que debe concebirse como una cuestión abierta para la investigación el por qué finalmente el panorama sería dominado por la fábrica y por unas tecnologías que se irían ajustando a ella.

La autora señala la necesidad de conseguir una idea de las relaciones reales entre historia económica, historia social del trabajo y el proceso del cambio tecnológico. Para hallarla, se deben estudiar conjuntamente los diversos tipos de cambio tecnológico relacionados con situaciones industriales y de la organización del trabajo específicos. "Al tiempo hay que preguntarse sobre el carácter imitante de las propias estructuras en respuesta al desarrollo simultáneo de la especialización y de los condicionamientos familiares, culturales y consuetudinarios sobre el trabajo" (194).

Es evidente que la nueva visión de la Revolución industrial británica implica un reto para todo el ámbito conceptualmente (auto)atado al modelo británico tal como se lo ha concebido tradicionalmente. Habría que abandonar, por ejemplo, certezas acerca de algunas premisas de la orientación hacia y por el exterior, en los casos correspondientes. Se plantea también la necesidad de ampliar el radio de los estudios sobre tecnología. Desde luego, la cuestión no es únicamente de la disponibilidad de capital para la adquisición de tecnología entre numerosos o escasos empresarios.

Uno de los valiosos servicios que presta el libro de Berg es de orden bibliográfico. Otro consiste en el señalamiento de una amplia gama de cuestiones teóricas y empíricas abiertas.

Josep Fontana señala en el prólogo la urgencia de introducir la nueva visión de la Revolución industrial en la enseñanza. En este sentido es lamentable que el libro no incluya mapas que faciliten el seguimiento de las diversas regiones, subregiones, ciudades y pueblos con los cuales está relacionada la sugestiva demostración empírica del trabajo.

Vera Weiler

*Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*